

acordarse de la pintura que su madre le había hecho de la gloria y de lo que vió él mismo á la entrada, se separó desconcertado, pensando, sin acertar á responderse:

—Pues si mi hermanito está en el Cielo, donde tan bien les va á los niños, ¿por qué llora mi mamá con tanta pena?...



## Bajo el canalón

**Q**UERA una pieza soberbia aquel paraguas. Alto, con una contera pavonada de tres dedos, terminado por arriba en un puño de asta y con un par de borlas de seda negra colgándole del mango... En cuanto á tamaño, seguramente no había en toda la comarca otro mayor. Cerrado parecía el pendón de la hermandad del pueblo y al abrirse diríase que se desplegaba algún toldo... No, lo que es como caber ya cabía la familia entera debajo sin temor á que le cayera encima ni una sola gota de agua... Pero lo mismo daba... El paraguas no salía nunca á la calle así llovieran duros... Era una monomanía del abuelito.

Calcúlese con esto la sorpresa de los dos chicos cuando lo descubrieron:

—Oye, oye, mira!... exclamó el uno.—El paraguas bueno de papá Facundo.



—Es verdad,—añadió el otro,—vamos á cogerlo si quieres.

Y los dos rapaces que corrían uno detrás de otro por toda la casa, jugando á las mulas se detuvieron á la vez maquinalmente; jadeantes, sudorosos, brillándoles de contento las pupilas, empujaron con cautela, sin mover ruido la entreabierta hoja de la puerta que había cometido la indiscreción de enseñarles el paraguas, recostado allá, en el fondo de la alcoba, junto á la mesa de noche, y persuadidos de que no había nadie en la habitación adelantaron más tranquilos y confiados hasta coger los dos á un tiempo, sonriendo de dicha, aquel instrumento de sus ilusiones que les deparaba la casualidad, como si hubiera adivinado sus sueños.

Un rato estuvieron contemplándolo, dudando de su ventura... ¡Dios santo con el encuentro!... El paraguas bueno del abuelito, que él conservaba como oro en paño, cuidadosamente envuelto en su funda de percalina de lustre, doblado y redoblado; el paraguas de seda verde, de doce varillas, regalo del juez, que el pobre papá Facundo no sacaba nunca, aunque diluviase, como no fuera de ceremonia por su cargo de alcalde del pueblo; el paraguas inrompible, vene-

rado como una reliquia, que nunca dejaba á los nietos, no usando él mismo jamás, aunque se calara, sino el viejo de algodón torcido y lleno de desgarros que eran otras tantas goteras por donde se colaba la lluvia... ¡Dios santo!... Y el abuelito iba sin duda á salir con él, á llevarsele, pues estaba el paraguas cepillado, sin funda y sin arrollar. Sí, sí!... Ahora recordaban que la vispera por la tarde, comiendo, habíanle oído decir á papá Facundo que al día siguiente tenía que asistir á no sé que punto con el municipio, á una sesión muy solemne...

Los dos muchachos seguían mirando y palpando el paraguas. De pronto les asaltó el mismo deseo: abrirle. Uno de los chicos se apostó de centinela á la puerta del cuarto por si venía alguien, mientras el otro, apresurado, temblón, pero radiante de júbilo, agarró el codiciado instrumento, apretando los dientes para hacer fuerza empujó el engarce de varillas y después de dos ó tres intentonas lo abrió con estrépito y á costa de un pellizco muy regular que le obligó á chuparse el dedo; en seguida se echó el paraguas al hombro y se puso á pasear muy ufano. Entonces reparó que el hermanito no estaba en la puerta; entróle





un súbito miedo; cerró el paraguas y se acercó á la salida en ocasión en que llegaba de puntillas el mayor indicándole por señas que callara. Guardó silencio el pequeño y acercándosele el grande le dijo al oído:

—Oye, tengo la gran idea; papá Facundo se halla con mamá, que está cosiendo no sé que cosa que se le ha roto de pronto en la levita, por lo que aún tardará algo en marcharse... Mira... ¿Quieres que bajemos á la calle con el paraguas bueno?

—Sí, sí, ¡qué gusto!

—Chis!... Pues, silencio... Callandito y despacio.

Andando quedo, de puntillas, llevando el mayor el paraguas al hombro, sin dejar de mirar hacia adelante, llegaron á la puerta del piso que sólo estaba cerrada con picaporte por lo seguro del pueblo; la empujaron lentamente para que no chirriase; salieron al portalón; abrieron otra vez el paraguas y pusieron el pie en la calle.

Llovía de un modo formidable, cayendo el agua á torrentes, con el espesor de un temporal africano; los caños de los canales bajaban á chocar en las losas de la acera, produciendo un rumor continuo y monótono y por todo lo largo del arroyo ba-



jaba una corriente engruesada por el chaparrar que no disminuía en lo más mínimo. Los dos niños, cobijados por la cúpula de seda del paraguas, pegaditos, gozando lo indecible anduvieron diez ó doce pasos por junto á la casa, sin apartarse mucho; parándose al fin bajo un canalón que parecía el salto de una cascada y transfigurados de gozo, saliéndoseles la alegría en un reír sin tino, viendo como el chorro caía á plomo sobre su techo de tela porraceándolo con estruendo y formando una vertiente tremenda por un lado mientras caía por cada varilla un hilo de gotas; sin importarles el chaparrón que arreciaba permanecieron allí inmóviles, bañando el paraguas bueno del abuelito, considerado como reliquia, digna de veneración, en tanto que el pobre viejo se rompía los ojos angustiado buscando en su alcoba el maldito instrumento; su hija, la madre de los niños les llamaba en vano recorriendo toda la casa pieza por pieza y el ayuntamiento se desesperaba ante la incalificable tardanza de su alcalde presidente.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Edo. 1625 MONTERREY, MEXICO

I

**G**ATEANDO como un mono, haciendo hincapié en todos los nudos del árbol, cogiéndose á las ramas, trepaba Feliciano tronco arriba en busca del nido que debía haber en la fronda de aquel fresno. Pero el caso es que el chico llevaba más de veinte minutos explorando la selva virgen de la copa, cruzando por entre una espesa urdimbre de varas que amenazaban su rostro y ponían en grave aprieto sus pantalones, y, tras de mucho revolver el follaje, no parecía por ningún sitio la codiciada cama

33071



de verbajos de los gorriones. Y no le cabía duda: él mismo había visto abatir el vuelo todas las tardes, en aquel árbol, á la pareja alada que traía de comer á las crías. ¡Quién sabe! Tal vez el nido había resbalado al suelo ó estaba en poder de otros chicos más listos y madrugadores. No hubo otro recurso sino confesar su derrota; y, sacando la cabeza por en medio de dos ramas, gritó Feliciano á su hermanita Laura, que esperaba el descenso del rapazuelo al pie del árbol:

— ¡Que me fusilen si hay aquí ningún nido!

Laura no le contestó al pronto: absorta y embelesada, seguía con ansiosos ojos los juegos de dos gusanos amarillentos, que, colgados de dos hilos finísimos como rayos de luz, se daban de encontrones columpiándose al extremo de las hebras que los sostenían, hasta que, hartos de toparse, treparon por los cabellos de su columpio y se enroscaron sobre una hoja. Laura palmeó de júbilo, y, respondiendo á la exclamación de su hermano, le voceó desde abajo, señalando con el dedo á los insectos:

— ¡Mira qué bonitos son, Feliciano!... ¡Son orugas!... ¡Anda, hájamelas!...

El chico maniobró otro poco por la hoja-

rasca para complacer á la niña, arrancó el verde lecho en que los insectillos reposaban, y descendió, con su trofeo, del fresno entregándose á Laura, que, equitativa y justa, le dijo á su hermano, devolviéndole una de las orugas:

— ¡Uno para ti y otro para mí!...

— Esto no sirve para nada, — replicó Feliciano brutalmente. — Y con un palitroquese entretuvo en desarticular sus anillos al pobre animalejo, que se retorcia de dolor.

— ¡Qué bestia eres! — exclamó la niña. Pues yo me llevo el mío: lo guardaré en una caja, y ya verás qué mariposa tan bonita sale!...

## II

Con la panza amarilla y las grandes alas de color de oro salpicadas de lunares de púrpura, agitábase la mariposa dentro de su cárcel de cristal, pugnando por escaparse. ¡Al fin, después de tanto tiempo de modorra, daba el insecto señales de vida!... ¡Y que no lo había cuidado Laura con poco mimo para que no se malograra!... Mucha, mucha había sido su paciencia:



pero todo lo daba por bueno contemplando tan hermoso y brillante ejemplar.

El día en que el insecto rompió su armadura de eslabones, la niña pensó volverse loca de alegría. Bailoteando de gozo, llamó al gabinete donde tenía depositada la cajita á todos los de la casa; y, es claro, en cuanto Feliciano atisbó aquel animal, del que tanto se había reído viéndole dormir con un sueño continuo, trocado en una explosión viviente de oro y grana, se le antojó el bicho, y de sopetón se lo pidió á su hermana.

— En seguida, — respondió ella. — No hubieras sido un borrico cuando me bajaste los dos gusanos, y ahora tendrías otra mariposa igual para darle suelta.

A Feliciano no le supo bien la lección; y como era algo soberbio y estaba muy consentido, insistió en que le cediese su hermanita el insecto. Laura se defendió con energía, él no cedió en sus pretensiones, encolerizóse, toda la sangre se le agolpó en la cabeza y quiso arrebatarse la caja á la muchacha por la fuerza, lo que tal vez hubiera conseguido á no estar presente la madre de ambos, que tuvo que arrimar al muy discolo dos cachetés. Entonces, furioso, llorando de rabia, se retiró

á un rincón de la pieza, y desde allí contempló como Laura alzaba la tapa de la cajita, y como la mariposa, hallándose libre, se remontaba majestuosamente, batiendo el aire con sus alas de raso. ¡Y él no había tomado parte en el lance! ¡Cómo aumentó su llanto al notarlo! En fin, no pudo con el desaire, y humilde y compungido solicitó el perdón por su culpa, que de buen grado le fué concedido por su hermana.

— Es preciso que te enmiendes, — díjole su mamá dándole el beso de la paz en sus mejillas llorosas, — y que moderes tus malos instintos; y sobre todo ten en cuenta que no hay nada inútil ni despreciable en el mundo, y que en lo que juzgues más inservible se esconde la mariposa de la felicidad.







## Las Gayombas

CUA, ya estaba el animalito empergilado y dispuesto para ir á la feria... Cualquiera conocía ahora en aquel cerdo arrogante y membrudo, limpio como el oro en fuerza de baldeos y refregones, sin una mancha en la piel, ceñido el cuello por un collar de madroños y adornados rabo y tobillos por grandes lazos de cinta roja, cualquiera conocía el sucio marrano rebosando mugre, emporcadas de barro las manos y cubierto siempre de pegotes de estiércol, adheridos al revolcarse por el suelo. Trabajo había costado aliñarle; pero, en fin, hallábase concluido el embellecimiento del cochino y sólo restaba atarle una soga y llevarlo pian pian á la Exposición de ganados que aquella mañana daba comienzo en la ciudad.





La chicuela que cuidaba de la pocilga fué la encargada de conducir el cerdo; los amos habitaban ya en la ciudad desde el primer día de fiestas. Compúsose, pues, la muchacha, mirándose y remirándose el peinado en el trozo de espejo roto que le servía de luna; se puso á la cabeza su mejor pañuelo; se vistió el corpiño de domingo y el zagalejo más majo, y agarrando el cabo de la sogá pegó un tirón del cochino, le sacudió un buen varazo y arreó con él, cortando por la trocha para llegar antes.

El guarro no esperó la advertencia segunda, y en cuanto sintió el palo escapó á correr, teniendo que refrenarle la chica para que no la llevase á galope. Así caminaron uno y otra, el puerco tirando de la cuerda y tendiendo siempre á meterse por los sitios más sucios, por los hoyos, por las caceras, por el musgo, y la moza acertando la tomiza y apartando al animal de la hierba y los regajos donde pudiera mancharse.

En estas, atajo adelante, avistaron un fresco arroyo que salía á la derecha de un boquete de la espesura, y lindando con la trocha, sin atravesarla, iba á perderse á lo lejos, hundiéndose por la arboleda... ¡Dios mío! La chica las descubrió en seguida...



¡Qué gayombas tan lindas las que crecían junto al agua!... ¡Si parecían plumeros de oro bañándose!... ¡Y ella no había podido encontrar en la granja ni una flor que le gustase para colocársela en la cabeza!... En seguida le acometió el deseo de quitarle á la ribera una matita... Sí, nada más fácil que pasar al otro lado de la corriente, haciendo puente de los pedruscos que se asomaban por entre las ondas, y plantarse en el sitio donde las gayombas se erguían... Pero... ¿Y el cerdo?... ¡Bah!... con atarle á una rama punto concluido... ¡Y si se escapaba!... No, no: valía más renunciar á las flores!... Sin embargo... ¡Sería gran casualidad que le aconteciese un desastre, cuando todo era cuestión de un momento... ¡Eh!... Fuera sustos.

Y doblegándose su voluntad ante los tirones de aquel capricho invencible, buscó una rama recia, lió á ella con fuerza la sogá, y sin perder tiempo luego, remangándose para no mojarse los bajos, pisando con cuidado para no escurrirse en los pedruscos, salvó el agua y comenzó á arrancar las gayombas más grandes. Apenas había cortado dos ó tres flores oyó á sus espaldas el estrépito seco de un chapuzón; volvióse repentinamente, irguiéndose de

pronto y sosteniéndose derecha por milagro, y se quedó aterrada al ver al cerdo, con la tomiza rota, arrastrando, hundido en el agua en el sitio más sucio, en un remanso atascado de hojas secas, de limo y de espuma barrosa... Instintivamente dió la chica un grito horrendo, y tomando un guijarro se lo tiró al cochino, pegándole en el lomo; entonces el puerco, asustado por los chillidos, tornó á salirse del arroyo, chorreando, con los lazos ajados, llenos de lodo, desteñidos, y en cuanto se vió otra vez en tierra, húmedo como estaba, se revolcó en el suelo con delicia y se vistió enteramente con un espeso traje de hierbas y polvo. En estas la chicuela, olvidándose de las flores, estaba ya encima del animal, llorando desconsolada; llegó á él, le agarró por el cabo de la cuerda teniéndole bien sujeto; le sacudió con furia tres ó cuatro palos que hicieron al puerco gruñir y dar vueltas en torno á la moza, como caballo de circo, y luego, desolada, contemplando los destrozos de la ornamentación y la porquería adquirida por el cerdo, pensando en lo que dirían sus amos por la tardanza, se volvió al galope á la alquería á lavar y aviar de nuevo al animal para irse después á la feria.